

SONETO

ANTES DE PARTIR

Ojos divinos, cuya lumbre pura
Mi pecho inflama, ilustra y esclarece,
Semblante celestial donde florece
La beldad, la inocencia y la dulzura,

Soberano conjunto y compostura,
Que más que humano angélico parece,
Lozana juventud, que resplandece,
Y orna con gracias mil tanta hermosura:

¡Ay! si en la proscripción y acerbo llanto
Que á mí infeliz eterno me prepara
La adversa suerte embravecida tanto,

De vuestra lumbre celestial gozara,
De vuestro hechizo y delicioso encanto
¡Cómo de la fortuna me burlára!

Gibraltar, 1823.

EL DESTERRADO

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena
Huyo infelice de la patria mia,
Tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!
Para nunca volver... Aspero suena
El recio vendaval, y espira el día.

¿Y qué? ¿á la nueva luz ya no he de verte,
Hermosa Hesperia? No: sañudo el viento
Me arrebató violento,
Y me aleja de tí. Ya no tus playas
Consolarán mis ojos, que anhelantes
Se perderán por las inmensas ondas...
Aquellas son las altas atalayas
De los Tartesios montes. No te escondas,
¡Oh sol! deten, deten tu carro de oro,
Detenlo por piedad, y no tu lumbre
Tan presto robes á la adusta cumbre
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí. — Salve alta cuna
De libertad, esclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna

Del gran Napoleon: templo algun día
De Pluto y de Citeres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mia:
Salve mil veces. — Pero ¡cuán mudado
Lo mira el mar que lo adoró postrado,
Y cuán mudado yo!... Solo, desierto
Descubro el ancho puerto,
El fortísimo muro derruido,
Y al vago viento ¡oh mengual! desparcido
Pabellon extranjero en sus almenas
De silencio y pobreza y luto llenas.
¡Siglo de execración! Mas ¿son aquellos
Apacibles collados
Los campos encantados,
Que de eterno verdor Flora entapiza,
Y por do Bétis claro se desliza?...
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos:
Guadalquivir aquel. Yo te saludo,
Y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!
Tu vista templó mi destino crudo,
Tu vista embarga ¡ay Dios! el alma mia.

La excelsa, poderosa y régia frente
Cifres de oliva y lauro: tu corriente
De Turdetania espacia en las vegas;
Doquier jardines deliciosos riegas.
Por lo mejor del mundo se dilata
Tu copioso raudal, y siempre el cielo
En tus cristales puro se retrata,
Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.

¡Oh cuán ufano á la ancha mar te arrojas,
Tú que apacible mojas
Y reverberas en remansos puros
Los de Córdoba insigne antiguos muros!
En ellos ví del sol la luz primera,
En ellos apacible la fortuna
De oro y marfil me adormeció en la cuna.
¡Quién tan mudable entónces la creyera!
Allí, inocente niño, en tus orillas
Me viste recoger piedras pintadas,
Caracoles y hermosas florecillas:
Después, jóven lozano, las pisadas
De ferviente bridon grabé en tu arena,
Recorriendo tus selvas encantadas.
Mayor después, mi cítara escuchastes
Cantando hazañas, ó llorando amores,
Y tal vez de mi acento te prendastes,
Y ceñiste mi sien de hiedra y flores.

¡Ay, en tu márgen bella
Riqueza, amor, aplausos á porfía
Gocé, cuando mi estrella
Su adverso influjo pérfida escondía!
Claro Guadalquivir: tú que me viste
Anegado en placeres, ahora (advierde
Lo instable de la suerte)
Mírame pobre, desgraciado, triste,
Errante, peregrino,
Surcar el Ponto huyendo sin destino.

Tal vez en tu ribera
Aún habrá quien lamente mi infortunio,
Compadeciendo mi desgracia fiera.
Y acaso entre tus ondas
Puede que algunas lágrimas escondas,
Que habrá la amistad santa derramado,
Al pronunciar mi nombre desdichado.

No más, no más: mi corazón mezquino
Se desgarró en mil ásperos tormentos
Y sucumbe al dolor. Amargo llanto
Turba mis ojos... Pero ya ¿qué importa,

Si nada pueden ver? Indiferente
El sol á mi anhelar y humilde ruego,
Apagó ya su rutilante fuego
En los remotos mares de occidente...
Mas ¡ay! aún con placer hiere en mi oído
El estruendo lejano de las olas,
Que se estrellan con hórrido bramido
En las amadas costas españolas.

¡Oh patria! ¡Ingrata patria!... tú me arrojas
Con furor espantoso de tu seno,
Premiando así mi amor. Yo con mi sangre
Torné las mieses de tus campos rojas,
Y saliqué con ella tu terreno,
Tu independencia y gloria sustentando.
Yo combatí constante contra el bando
Del fanatismo bárbaro y sañudo;
Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
Tu libertad preciosa defendiendo,
Hacer temblar al despotismo horrendo.
Plegue al destino que risueño un día
Torne á brillar en que tu oprobio veas,
Y libre y grande y venturosa seas,
Mientras yo errante tu ignominia lloro,
Y huyendo ¡ay Dios! de tí, tu nombre adoro.

Para siempre tal vez, para siempre
Hoy te pierdo, ¡oh mi patria querida!
Y á arrastrar voy la mísera vida
En destierro espantoso y cruel.

Por piedad, por piedad, raudo viento,
De tu soplo modera la saña,
Que me aleja feroz de mi España,
Impeliendo el velero bajel.

Calma, pues, por lo ménos piadoso
Mientras tienda la noche su velo,
Hasta que ardan las nubes del cielo
Con los rayos del próximo sol.

Pueda entónces tornar anheloso,
Aunque sea en confuso horizonte,
A mirar de mi patria algun monte,
Aún á ver el terreno español.

Mas no: redobla tu furor violento,
Y de esas playas de terror y espanto
Aléjame piadoso, raudo viento.
No las torne yo á ver. Ni sobre ellas
Vuelva á lucir Títan. Lóbrego manto
De noche atroz envuelva eternamente

Ese suelo de horror, y no lo alumbre
 Más que la opaca lumbre
 De rayos y de pálidas centellas,
 Que aborde negra tempestad rugiente.
 No es ya mi patria, no... ¡Patria!... No existe
 Donde sólo hay opresos y opresores.

¡España!... España fué... ¡recuerdo triste!
 Fué, cuando independiente
 Tantos siglos brilló, y usos y leyes
 O más ó ménos sábias la rigieron;
 Y á su temida frente
 Coronas de laurel siempre añadieron
 Sus fuertes hijos y sus nobles reyes.
 Mas ya ¡oh baldon! cuanta virtud y gloria
 Albergaba en su seno
 Huyó, desapareció; queda el terreno
 De tiranos poblado y de invasores,
 Y de esclavos indignos de memoria,
 Que el yugo vil merecen,
 Y el rigor y la afrenta que padecen.

¿Quedan aún buenos?... Vedlos fugitivos
 Por yermos y por ásperas montañas,
 No hallar ni en las cabañas
 Asilo, humanidad. Vedlos gimiendo
 En bárbaras cadenas,
 O entre espantosas penas
 En infame patíbulo muriendo,
 Sin que nadie reclame la venganza.
 ¡Oh vil degradacion!... No hay esperanza,
 Reparacion no hay ya. No: el despotismo
 Su huella destructora ufano imprime
 Desde Calpe hasta el agrio Pirineo,
 Y hunde el nombre español en el abismo:
 Y es de los fieros déspotas recreo
 Ver cual la humanidad desmaya y gime.

Vivan, gócese pues: su trono asienten
 En medio de los hombres degradados,
 Que viles los aplauden y consienten,
 Y su furor redoblen los malvados.
 Redóblenlo, y los Galos invasores
 Hagan de los traidores,
 Que sus falanges pérfidas llamaron,
 Infames siervos.....
 Multiplíquense horrores y delitos
 En ese suelo de terror y espanto,
 Y del cielo malditos
 Sus habitantes todos,
 Infamia eterna, degradado llanto,
 Pobreza vil y deshonorosa muerte
 Su eterna sea, su inmutable suerte.

El Austro abrasador sople ardoroso,
 Yermando las campiñas y llanuras,
 Y sus cosechas destruyendo opimas,
 Del hambre y de la peste asoladoras
 Seguido por doquier. Brame furioso
 El huracan en las enhiestas cimas,
 Y arrastre antiguas selvas y espesuras,
 Y hasta los brutos que en sus senos pacen,
 Y el Bétis, y el Ibero, y cuantos nacen
 De claras fuentes y la España riegan,
 Y su suelo infelice fecundizan
 Y de flores lo visten y matizan,
 Rios y arroyos bienhechores, sean
 En sangre convertidos. Sus raudales
 Olas de sangre al mar lleven bramando,
 Las márgenes tornando
 Desiertos y espantosos arenales.

Tiemble la tierra horrisona gimiendo,
 Y ciudades enteras en sí hunda.
 Entre lóbregas nubes se confunda
 La luz del sol, y en su lugar ardiendo
 Cometas espantables,
 La atmósfera turbando,
 Estén iras celestes presagiando.
 De los héroes los restos venerables
 En las antiguas tumbas se estremezcan,
 Y las losas hendiendo,
 Colosales espectros aparezcan,
 Y vuelen, maldiciendo
 A sus infames nietos,
 A otra mansion donde el honor impere,
 Y do yazcan los sacros esqueletos,
 Sin que ignominia su reposo altere.

Y las de aquellos, que virtud y gloria
 Y amor de patria ilustres albergaron,
 Y libertad gritaron,
 Y por ella animosos combatieron,
 Hasta que abandonados y vendidos,
 Mártires de la patria perecieron,
 De un populacho necio escarnecidos,
 Y el furor de los déspotas cebando,
 Sombras insignes; en la noche oscura
 Cruen los campos. Y hórridos gemidos
 Por las ciegas tinieblas derramando,
 Clamen *sangre y venganza* en largos ecos:
 Y los cóncavos huecos
Sangre y venganza horrendos resonando,
 Esa mansion de esclavos amedrenten,
 Y á sus tiranos turben y atormenten.

Y sople la discordia. Sus furores
 Enciéndanse doquier. Guerra de muerte,
 Sin fruto entre oprimidos y opresores,
 Y déspotas y esclavos, arda impía.
 Y nazcan nuevos crímenes y horrores,
 Y delitos sin fin de dia en dia.
 Hasta que horrorizada
 Sus leyes interrompa
 Naturaleza, se estremezca y rompa
 La basa de diamante,
 Do estriba de Pirene la gran sierra,
 Que del golfo Tirreno al mar de Atlante
 Los brazos tiende, y cual en tiempo antiguo
 A la infeliz Atlántida, hunda á España
 En los senos del mar con cuanto encierra,
 Quedando sólo escollos y bajíos,
 Do estrelle el ronco mar su hirviente saña,
 Y de que huyan medrosos los navíos.

Tiranos, invasores
 Y pueblos degradados
 No existan: sepultados
 Se miren en la mar.

Y en ella se confunda
 El mísero terreno
 De iniquidades lleno
 De reptiles vivar.

¡Ah, qué afan delicioso alzarse siento,
 Que todo el corazon enseñorea,
 Y calmando un momento
 Mi espantoso martirio,
 Me arranca del delirio
 En que pudo arrojarme mi tormento!
 ¿Adónde los fantasmas voladores
 Que mi frente ardentísima cercaban?...
 Huyen, desaparecen, se deshacen,
 Y en pos llevan mis bárbaros furores,
 Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
 ¡Madre!... ¡Adorada madre!... ¡Dulce nombre
 Que el alma me arrebató y enajena,
 Y de delicias mis sentidos llena!
 ¡Ay! Vives, y me amas,
 Y por mí, triste, en angustiada pena
 Lágrimas de dolor sin fin derramas.
 Hermanos ¡ay! hermanos, que yo adoro
 Con todo el corazon, y á quien mi suerte
 Condena atroz á interminable lloro:

Y tú, tierna beldad, que has encendido
 La llama en que he de arder hasta la muerte,
 Angélica divina, más hermosa
 Que nace predilecta de Cupido
 En el desierto purpurina rosa:
 Y vosotros tambien, fieles amigos,
 Dulcedumbre y consuelo de mi vida,
 Objetos todos de mi amor ardiente...
 ¿Endónde, en dónde estais?—Pero ¿qué escucho?
 Por la ferrada prora dividida
 Alguna onda rugiente
 Pudo tal vez al estrellarse?... Acaso
 El ronco viento entre la parda lona
 Y los mástiles... pudo... ¡Oh gran portento!
 No es el silbar del viento,
 No es el hervir del mar. Es el acento
 De los objetos que mi amor implora...
 No es ilusion: son ellos, corresponden
 A mi anheloso afan, y me responden:
 «¡Infeliz! Aquí estamos, en España,
 En este suelo do la luz primera
 Te fué dado gozar, y ardiendo en saña
 Ahora maldices con audacia fiera.
 Aquí estamos, aquí, y en las mansiones
 Que te vieron nacer, y en los verjeles
 Donde tus dichas fueron;
 Y en ellas de consuno lamentamos,
 Y con nosotros mil y mil varones,
 Que del honor la senda no perdieron,
 La suerte desdichada,
 Que los hados crueles,
 A tí y á otros mejores previnieron.
 Y fervorosos votos levantamos
 Por tí y por esta patria infortunada,
 No delincuente, no: sí malhadada.

Aquí, en España estamos,
 Do suena el dulce hablar que tú mamaste.
 Do las nobles costumbres que heredaste
 De tus mayores, viven,
 Y nuestro culto sin cesar reciben.
 En esta patria, en fin, que desconoces,
 Y para quien pidieron, con extrema
 Rabia, tus labios bárbaros y atroces
 Al cielo vengador el anatema.»

No más... ¡Ah! por piedad, no más. ¡Oh acentos
 Que fuerais mi tesoro y mi alegría,
 Y en hórridos tormentos
 Ahora despedazais el alma mia!!!
 Basta, basta. ¡Qué horror!..., ¿Mi labio pudo?...
 ...¿Por qué, furia infernal, emponzoñado?...

...¿Y no se abre la mar, la nave se hunde,
Y á mí, monstruo infeliz, traga y confunde?
¡Patria!.. ¡Patria! Perdon, ¡patria!... ¡Adorado
Nombre!... ¿Y pude un momento yo insensible
Ser á tu encanto celestial?... Mi pena
¡A qué hondo precipicio y sima horrible
Me llegó á conducir!... ¡Desventurado!
¡Patria! ¡España infeliz! ¡Amada España!
La sencillez de tus incautos hijos
No su degradacion causó tus males;
Y pérfidos traidores,
Y tiranos, y alevos extranjeros,
Que uniendo contra tí su astucia y saña
Tu libertad naciente te robaron,
Y tu nombre y tu gloria mancillaron.

Mas tiemblen; que sus triunfos pasajeros
Serán; aún no te faltan vengadores.
Y ¡ay! de los cazadores
Cuando el leon que ataron con injuria,
Ruja, y ardiendo en poderosa furia,
Rompa los fuertes nudos opresores,
Que sus miembros fortísimos ligaran,
Porque hundido en la fiebre lo encontraran.

Sí, patria, el númen que á mi labio ardiente
Da su grandeza y poderoso aliento,
Por la etérea region lleva mi mente;
A mis ojos patente
Pone tu suelo todo. No traidores
Y cobardes lo pueblan solamente,
No. Millares de buenos y esforzados
En él descubro, cuyos brazos fuertes,
Aunque á duras cadenas amarrados,
Aguzan el puñal de la venganza,
Y en honra ardiendo y fulminando muertes,
Los hierros de ignominia quebrantando,
Te limpiarán de inicuos extranjeros,
Te librarán de tus tiranos fieros,
A tus hijos espúreos castigando,
Y tu nombre y tu gloria restaurando.

Será: que en el sagrado firmamento
Lo tiene escrito el dedo omnipotente,
De luz con caractéres inmutables.
¡Decreto celestial, que el alma mia
Embarga de placer y de esperanza!...
¡Ah! De tu cumplimiento,
¿Cuándo en Oriente brillará el gran día?
Ley sempiterna que los orbes mueve,
Haz que en espacio breve
Las esferas girando,

Traigan su ansiada luz. ¡Ah! llegue cuando
Del ardor juvenil, que espira, aún llenas
Latan con fuerza y robustez mis venas:
Y aún conserven mis brazos poderío,
Para, esgrimiendo la fulmínea espada,
El yugo de mi patria idolatrada
Ayudar á romper con noble brio.
Puedan en sangre infame de extranjeros
Y en el castigo atroz de los tiranos
Empaparse mis manos,
Y mis ojos saciarse los primeros.

¡Cuán gozoso otra vez, oh patria mia,
Por tí mi sangre verteré, gritando:
Libertad, y venganza, y proclamando
Tus nuevas glorias! y el hermoso día
Que (cual en otro tiempo yo te viera
En San Marcial de lauro coronada),
Te admire Vidasoa en su ribera,
Volaré del riscoso Pirineo
A la cumbre de eterna nieve orlada,
Y con la sacra lira de Tirteo,
Tu triunfo cantaré, sobrepujando
La voz del huracan, á las naciones
Libertad anunciando,
Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta embravecida suerte
O leyes inmutables del arcano
Alejan ¡ay! el suspirado día
De la reparacion, ¡ah! venga al ménos
Antes que airada la sañuda muerte,
De su guadaña con potente mano,
Descargue el golpe en la garganta mia.
De lágrimas de amor mis ojos llenos,
¡Oh dulce España! tus campiñas vean;
Aun cuando blancos los que ahora ondean
Rizos oscuros por mi cuello y frente
De la parca inclemente
Mirenalzada la cuchilla aguda,
Y abierto el lecho de la tumba muda.

Pise otra vez tu suelo, patria amada,
Libre, rico, feliz, independiente,
Y aunque para mí yermo, sin amores,
Deudos, ni amigos, sus sepulcros pueda
Visitar y regar con llanto y flores.
Y en la natal ribera,
(Tal vez ¡oh Dios! entónces, cuán mudada
A impulso de los años voladores)
Por do Guadalquivir manso camina,
A la luz silenciosa de Lucina,

Que resbala por plácidos alcores
Y en la riza corriente reverbera,
Logre yo al aura dar la vez postrera
Mis últimas canciones
Al són del arpa de marfil: oyendo
A mi labio cantar, patria, tu gloria
Los hombres que aún no son. Y maldiciendo
Con ellos la execrable atroz memoria
De tus hijos indignos y traidores,
Que ya no existirán, de los tiranos
Que ahora te ligan las robustas manos,
Y de los extranjeros invasores;
Romperé el arpa y moriré dichoso
Bajando á hallar el eternal reposo
Al lado de mis ínclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mia,
Embriagado en la esperanza
De que has de tener venganza
Mis pesares templaré.

Llegue el suspirado día,
Mírete yo venturosa,
Libre, triunfante y gloriosa,
Y contento moriré.

*A bordo del paquete inglés Francis Free-
ling, en Mayo de 1824, al salir de la bahía de
Gibraltar con rumbo al O. al ponerse el sol.*

A LAS ESTRELLAS

¡Oh refulgentes astros! cuya lumbre
El manto oscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
Girais mudos y eternos:

Y ¡oh tú, lánguida luna! que argentada
Las tinieblas presides y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo:

¡Ay cuántas veces, ay! para mí gratas
Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
Dulces felices horas de mi vida
Que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros derramados,
Húmedos resbalar por las colinas
Ví apacibles del Bétis;

Y en su puro cristal vuestra belleza
Reverberar con cándidos fulgores

Admiré al lado de mi prenda amada,
Más que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas
Solo y mísero, prófugo y errante,
De todo bien me contemplais desnudo,
Y á compasion os muevo.

¡Ay! ahora mismo vuestras luces claras
Que el mar repite y reverente adoro,
Se derraman tambien sobre el retiro,
Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
Ojos clava en vosotros, ¡oh lucientes
Astros! y os pide con lloroso ruego,
Que no altereis los mares.

Y el trémulo esplendor de vuestras lumbres
En las preciosas lágrimas riela,
Que esmaltan ¡ay! sus pálidas mejillas,
Y más bella la tornan. *En el mar, 1824.*





EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO

Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ansias mías?...
¡Ay!... Los fugaces cuadros que mi mente
Há un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusion?... vuelve halagüeño,
Vuelve, oh consolador, oh dulce sueño.

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;

Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracan bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Há un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
De zafiro á la luna fulgente,
Rielar en la riza corriente,
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y á su encanto obediente,
Y al oírnos el plácido ambiente
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron
Escuchando la dulce canción!

¡Ah! Mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamás, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusion.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
Y ahora es mayor mi mal!

Son ilusion mis dichas,
Son realidad mis penas:
Así feroz lo ordenas,
¡Oh destino fatal!

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
Donde nació;

Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

Y en vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;

Las nieblas hórridas
Del frio Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Lóndres, 1824.

CRISTÓBAL COLON



Un mar desconocido ronco brama
Movibles montes indomable alzando,
En un desconocido cielo inflama
Negras tormentas huracan silbando,

Y alto renombre y vividora fama
En ignotas regiones anhelando,
Cruza aquel caos, quebrantada y sola,
Nave pequeña, sí, pero española.

Con faz serena, con robusta mano,
Y la vista clavada en occidente,
Rige el timon un genio sobrehumano,
Predilecto de Dios omnipotente;
Domador de las furias de Oceáno,
Digno caudillo de española gente,
Que, de fe y de esperanza llena el alma,
Sabe que para él sólo hay una palma.

La busca y la hallará: que el mar y el viento
Flacos estorbos son. Raya un aurora
Despejando un no visto firmamento,
Y el sol un monte azul descubre y dora.
Es América... *Sí, logré mi intento,*
Grita el piloto audaz, y en voz sonora
Exclaman cielo y tierra y mar profundo:
VIVA COLON, descubridor de un mundo.

Lóndres, 1824.